

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta excusada que da al patio. Llamo, el portero abre, yo llevo mi cesto al hombro, la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelvent sale con su cesto; esto es muy sencillo.

Diréis á la niña que esté quietecita debajo de la tapa. Después la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mía, sorda, que vive en la calle de Chemin Vert, donde tiene una camita. Le gritaré al oído, que es una sobrina mía que la tengo allí hasta mañana; y luego la niña entrará con vos, pues yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero vos, ¿cómo vais á salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tío Fauchelvent. Buscad un medio de que salga como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelvent se rascó la punta de la oreja con el dedo medio de la mano izquierda, señal evidente de grave apuro.

Oyóse un tercer toque.

—El médico de los muertos se va,—dijo Fauchelvent.—Habría mirado y dicho: Bien; está muerta. Cuando el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si se trata de una madre, la amortajan las madres; si de una hermana, la amortajan las hermanas. Después clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinería. Por lo visto, un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que da á la calle, y en la que no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos, pues no cuento como hombres á los sepultureros ni á mí. En dicha sala es donde clavo yo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Así es como se va á los cielos. Traen una caja donde no hay nada, y se la llevan con algo dentro. Y he ahí lo que es un entierro. “De profundis”.

Un rayo de sol horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abría vagamente los labios. Parecía un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso á contemplarla. No escuchaba ya á Fauchelvent.

El no ser escuchado no es razón para callarse. El buen jardinero continuó pacíficamente su charla:

—Se abre la fosa en el cementerio de Vaugirard, que según dicen, va á ser suprimido. Es un cementerio antiguo que está fuera de las ordenanzas, que no tiene uniforme y va á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el sepulturero. Estas monjas tienen el privilegio de ser enterradas al caer de la noche. Existe un decreto de la prefectura dado expresamente para ellas.

¡Qué de acontecimientos desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión, y el señor Magdalena ha...

—Sido enterrado,—dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelvent hizo rebotar la palabra.

—¡Diablo! Si estuviérais aquí en realidad, sería ello un verdadero entierro.

Oyóse un cuarto toque. Fauchelvent descolgó precipitadamente del clavo la rodillera con el cascabel, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os mováis de aquí, esperadme. Algo de nuevo ocurre. Si tenéis necesidad, ahí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió del cuchitril diciendo:—¡Allá voy, allá voy!

Juan Valjean le vió atravesar el jardín tan de prisa cuanto lo permitía su pierna torcida, mirando de pasada su melonar.

Antes de diez minutos el tío Fauchelvent, cuya campanilla dispersaba á su paso á las religiosas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz dulce respondía: “Por siempre jamás. Por siempre jamás”, es decir: “Adelante”.

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo á la sala capitular. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelvent.

II

Fauchelvent ante la dificultad.

El aire agitado y grave es peculiar en ocasiones críticas á ciertos caracteres y ciertas profesiones, y especialmente á los curas y frailes. En el momento en que entró Fauchelvent, estaba impreso este doble signo de la preocupación en la fisonomía de la priora, que era aquella buena é ilustrada señorita de Bleumeur, madre Inocente, generalmente alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de su rosario, levantó los ojos y le dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelvent repitió el saludo.

—Tío Fauvent, os he mandado llamar.

—Aquí me tenéis, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte,—dijo Fauchelvent con un valor que le asustaba interiormente,—tengo también algo que decir á la reverendísima madre.

La priora le miró.

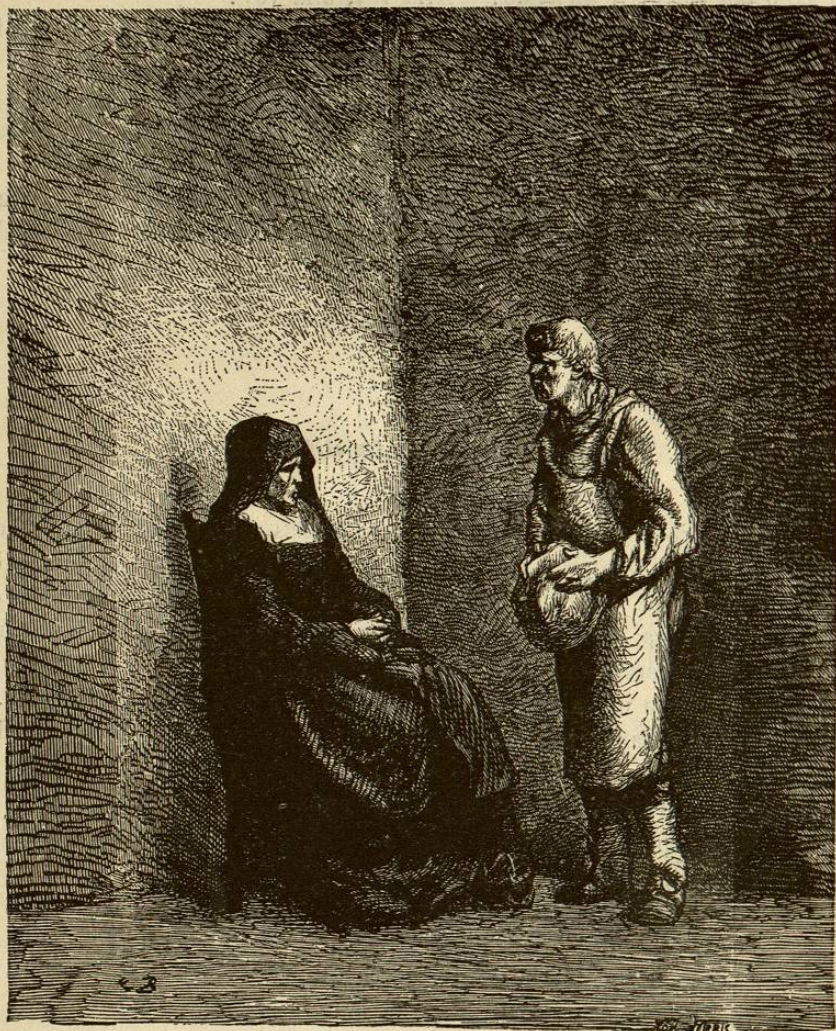
—¡Ah! ¿Tenéis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Está bien, hablad.

El buen Fauchelvent, ex-cribiente, pertenecía á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una gran fuerza; no se desconfía de ella, y engaña. En los dos años largos que Fauchelvent llevaba en el convento, se había granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado á su jardín, no tenía realmente otro quehacer que ser curioso. A

la distancia que estaba de todas aquellas mujeres, que iban y venían cubiertas con su velo, no veía delante de sí más que una agitación de sombras. A fuerza de atención y penetración había llegado á reponer la carne en todas aquellas fantasmas, así es que aquellas muertas vivían para él. Era como un sordo cuya vista se alarga, ó como un ciego cuyo oído se aguza. Se había dedicado á estudiar y explicar la significación de los diversos toques de campana, y lo había conseguido,



de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenía misterios para él, aquel esfinge le decía al oído todos sus secretos. Fauchelvent, sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Este era su arte. Todo el convento le creía estúpido; gran mérito en religión. Las madres vocales le hacían caso. Era un mudo curioso. Y así inspiraba confianza.

Luego lo hacía todo con mucha regularidad, y no salía nunca más que para sus necesidades naturales de hortelano y jardinero. Esta discreción de salidas se le tenía muy en cuenta.

No por eso había dejado de hacer hablar á dos hombres: en el convento al

portero, por cuyo medio sabía las particularidades del locutorio; y en el cementerio al enterrador, con lo cual sabía las particularidades de la sepultura; de manera, que tenía respecto de las religiosas una doble luz, así sobre la vida como sobre la muerte. Pero de nada abusaba.

La congregación le apreciaba.

Viejo, cojo, casi ciego, probablemente algo sordo, ¡qué de cualidades! Difícilmente se le hubiera podido reemplazar.

El buen hombre, con la seguridad del que se ve apreciado, entabló frente á frente con la reverenda priora, una arenga de aldeano bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como la última, por ejemplo, en que había tenido que cubrir con estera los melones resguardándolos de los efectos de la luna, acabando por decir: que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento), un hermano no joven (segundo movimiento de la priora, pero movimiento de tranquilidad), que si se le permitía podría su hermano vivir con él y ayudarle; que era un excelente jardinero; que la comunidad podría utilizar sus buenos servicios, mejores que los suyos; que de no ser admitido su hermano, él, que era el mayor, sintiéndose cascado é inútil para el trabajo, se vería bien á pesar suyo, obligado á marcharse; y que su hermano tenía una niña, que llevaría consigo y se educaría en Dios en la casa, y podría, ¿quién sabe? llegar á monja.

Cuando hubo terminado, la priora interrumpió el recorrido de las cuentas de su rosario entre los dedos, y le dijo:

—¿Podrías procuraros de aquí á la noche una barra fuerte de hierro?

—¿Para hacer?

—Una palanca.

—Sí, reverenda madre,—respondió Fauchelvent.

La priora, sin decir una palabra más se levantó y entró en el cuarto inmediato, que era la sala capitular, donde estaban reunidas, probablemente, las madres vocales.

Fauchelvent, quedó solo.

III

La madre inocente.

Transcurrió próximamente un cuarto de hora. La priora entró de nuevo sentándose otra vez en la silla.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Transcribiremos lo mejor que podamos el diálogo que se empeñó:

—¿Tío Fauvent?

—¿Madre reverenda?

—¿Conocéis bien la capilla?

—Tengo en ella un pequeño rincón para oír misa y asistir á los oficios.

—¿Habéis entrado en el coro alguna vez?